

POR
ADRIÀ SUNET
ELLOS

JLL
Libros y Literatura

Primera edición.

Por ellos.

© 2022, Adrià Sunet

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Maribel Abad.

© Diseño de portada e interiores: Marta Fernández.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-125372-7-7

Depósito Legal: A 318- 2022

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.



El caos era absoluto.

Los gritos de doscientas treinta personas inundaban la estancia y retumbaban en todos lados.

Unas manos pequeñas y delicadas le zarandearon con nerviosismo el brazo y lograron que abriera los ojos. Los oídos le pitaban tanto que casi era incapaz de escuchar los gritos.

Tenía la vista borrosa. Incapaz de distinguir nada, bajó los párpados y los apretó con fuerza durante un instante.

Sintió cómo algo viscoso y caliente le resbalaba por la sien.

«¿Sangre?», pensó con la cabeza todavía demasiado aturdida como para relacionarlo con el fuerte olor a hierro que empezaba a notar.

—¡Papá! —gritó una voz aguda y muy asustada—. ¡Papá, despierta por favor!

Un nuevo zarandeo en el brazo hizo que abriera de nuevo los ojos. Se giró hacia su izquierda y pudo ver el horror reflejado en la cara de aquella niña de cinco años. Su pelo rubio y liso se zarandeaba con cada sacudida. Tenía unos ojos azules y profundos, ahora hinchados de llorar. Las mejillas llenas de pecas estaban empapadas en lágrimas.

«¡Alba!».

Otra sacudida hizo que la niña soltara los brazos del hombre y, acto seguido, aparecieron frente a su vista unos objetos plásticos que colgaban del techo. Hizo un esfuerzo por enfocar la vista y sus temores se confirmaron.

«Máscaras de oxígeno...».

A cada bocanada de aire sentía cómo le costaba más respirar. Parecía que la cabeza fuera a estallarle, pero, cuando vio la maleta ensangrentada en medio del pasillo, lo comprendió todo.

En un segundo, la adrenalina inundó su cuerpo y le permitió olvidarse del dolor de cabeza, de la dificultad para inhalar y le dejó enfocar aquella escena tan dantesca con puro terror.

Las vacaciones habían sido perfectas. Tanto él como la pequeña Alba habían disfrutado muchísimo aquellas dos semanas en las islas Canarias. Hacía apenas un año que el cáncer se había llevado a Julia, su querida esposa, y tanto él como su hija necesitaban alejarse unos días de todo.

El avión había despegado con tres horas de retraso tras unos «problemas con la tripulación», según los había informado una amable y sonriente azafata tras estar esperando casi una hora sentados en los asientos.

Al despegar, parecía que todo iba bien. La compañía les había regalado unas bebidas a los pasajeros a modo de compensación. Mientras se alejaban de la tierra, Alba, emocionada, se divertía viendo por la ventanilla cómo todo se iba haciendo más y más pequeño. De repente, una nube lo cubrió todo durante unos minutos.

Cuando por fin el avión dejó la nube atrás, Alba disfrutó de ver cómo el sol empezaba a salir en un mar de algodón sobre el que habría deseado nadar.

Casi sin darse cuenta, se había hecho silencio entre los pasajeros. El peligro no había pasado, pero todos se habían colocado sus máscaras de oxígeno y habían dejado de gritar.

Recordó las instrucciones de la azafata.

—En caso de que caigan las máscaras de oxígeno y vayan acompañados de un niño, primero colóquense la mascarilla los adultos y luego colóquensela a los niños.

Alargó el brazo para coger la máscara, pero una nueva sacudida hizo que se balanceara y se le escapara de entre los dedos. Volvió a alargar el brazo y esa vez la cogió con fuerza. Se la colocó y respiró aliviado.

Alba estaba horrorizada. Había visto por la ventanilla cómo se acercaban con rapidez a los campos que tenían bajo sus pies. A cinco kilómetros de altura.

Forzando una sonrisa, cogió la máscara de su izquierda y se la colocó a Alba.

—Todo saldrá bien, cariño.

La niña asintió, nerviosa, con los ojos abiertos, se acercó a su padre todo lo que el cinturón le permitió y envolvió con fuerza su brazo, y pegó la cara en él para no ver el horror que la rodeaba.

De repente, como salida de la nada, una escarpada montaña se llevó el ala izquierda del avión y, con ella, parte del fuselaje, dejando el lateral al descubierto. El cielo se llenó de trozos de metal, ropa, maletas abiertas y de algunos pasajeros que salieron despedidos.

Sin esperárselo, el resto del fuselaje del lado izquierdo del avión salió también despedido, y dejó a Alba a escasos centímetros de una caída de dos kilómetros. El asiento pareció aguantar firme en el suelo durante los dos primeros segundos, pero, de repente, algo se soltó.

Él se giró y rodeó a su hija con el brazo derecho mientras ella se agarraba con fuerza a su brazo izquierdo. Ella intentaba gritar con todas sus fuerzas, pero el miedo se lo impedía.

El asiento empezó a balancearse a partir del tercer segundo. Y, sin previo aviso, se soltó.

La velocidad del avión hizo que el asiento saliera disparado hacia atrás con la niña aún sentada. Él sintió, impotente, cómo se le escurría entre los brazos. Sintió cómo sus pequeñas manos resbalaban por su brazo y sintió cómo aquellos delicados dedos rozaban los suyos en un intento desesperado de agarrarse a la mano de su padre.

Justo el instante antes de perderla de vista, pudo ver aquellos ojos azules abiertos y llenos de pánico.

Y, de repente, nada.

Aquel fue uno de los accidentes aéreos que más se recordaban en España. Pese a que el piloto logró hacer grandes maniobras y salvar la vida de una gran cantidad de pasajeros, tristemente aquel 5 de febrero fallecieron cincuenta y dos personas.

Treinta y un hombres.

Diecisiete mujeres.

Tres tripulantes.

Y una niña.



Aitor abrió los ojos, sobresaltado y empapado en sudor. Con un grito ahogado, se incorporó con rapidez en la cama. Tenía el pulso por las nubes y el corazón acelerado. Estaba despierto, y lo sabía, pero los gritos de toda aquella gente todavía resonaban en su cabeza.

Se tomó unos instantes para recuperar el aliento y tranquilizarse.

Dirigió la cabeza hacia el lado derecho de la cama y se dio cuenta de que su mujer ya se había levantado. Fue entonces cuando le llegó ese aroma a café recién hecho que tanto le gustaba.

El sol inundaba aquella habitación. Aitor dedicó unos segundos a repararla. Los primeros rayos de sol empezaban a inundarla de un maravilloso espectáculo de luces y sombras. Laura había abierto un poco la ventana y las cortinas ondeaban ligeras, llenando la estancia de una suave brisa matinal.

Aitor disfrutaba cada mañana de ese momento de tranquilidad y paz. Durante mucho tiempo, su trabajo se lo había impedido y, aunque lo echaba de menos, esos pequeños detalles llenaban el vacío que sentía. Por lo menos, de forma temporal.

Un rayo de sol iluminó una foto que descansaba sobre el chifonier y que rebotó en los ojos absortos de Aitor. Tapándose el reflejo con una mano, se fijó en aquella imagen.

Se la habían hecho unos años atrás, en uno de sus muchos viajes a Roma. Ambos estaban frente a la Fontana di Trevi. Aitor decidió perder unos segundos más y recordar ese viaje.

Solo habían tenido tres días para visitar Roma, pero, como no era la primera ocasión en la que lo hacían, aprovecharon para recorrer aquellos lugares que más les gustaban. Casi en las últimas horas de luz, habían llegado a la espectacular fuente. A ambos les encantaba admirar cómo el agua caía por los distintos niveles.

Todavía podía recordar el rítmico sonido del agua al caer, fusionado con los rumores de algunos turistas más y con el suave zumbido del tráfico lejano. Decidieron abrazarse y hacerse un selfi juntos mientras se fundían en un beso.

Aitor se trasladó a ese momento otra vez. Olía el suave y floral perfume de Laura y podía sentir cómo algunas gotas mojaban su mejilla.

El tierno recuerdo se vio interrumpido cuando la alarma de su móvil empezó a sonar.

«Se acabó la paz. —Con algo de desgana y desprecio apagó la alarma y comprobó la hora—. Las 7:30. Hora de levantarse».

Después de vestirse, se fue hasta la cocina. La casa no era demasiado grande, pero los espacios abiertos y las paredes de blanco puro hacían de las estancias algo muy amplio.

La cocina era abierta y comunicaba con el salón y el comedor. La casa de estilo minimalista estaba rodeada de enormes ventanales que daban a un jardín bien cuidado, lleno de hierba verde y con una piscina de agua cristalina. La luz del sol también llenaba esa pieza y le daba a la casa un aspecto casi celestial.

Al llegar a la cocina, el olor a café se hizo más intenso y Aitor pudo ver aquella taza de cerámica azul que tanto le gustaba usar para desayunar. Recorrió la estancia con la vista, buscando a su mujer.

—¿Laura?

Un ligero eco a su voz fue la única respuesta que recibió.

—¡¿Laura?! —repitió, elevando el tono.

De repente, sin previo aviso, la puerta de entrada se abrió. Era una puerta metálica, negro mate, que llamaba la atención entre el blanco de la casa, pero que, en conjunto, quedaba bien. Al lado derecho se habían colocado unos gruesos bloques de cristal opaco de un ligero tono azul a través de los que Aitor pudo ver con claridad una silueta humana.

Sintió cómo el pulso se le aceleraba durante un breve instante durante el que contuvo la respiración.

Entonces vio aparecer una melena cobriza y corta por detrás de la puerta y respiró, aliviado.

La mujer se sobresaltó al ver a aquel hombre fornido de pie en medio del salón. Llevaba una barba de cuatro o cinco días bien arreglada y recortada en la que empezaban a despuntar algunos pocos pelos blancos. Tenía el cabello negro carbón peinado al milímetro. Los ojos de color marrón oscuro hacían que Laura se sintiera segura cada vez que los miraba.

—¡Qué susto me has pegado, Aitor! —dijo Laura mientras cerraba la puerta—. ¿Qué haces ahí plantado?

—Perdona, cariño. No te he visto y estaba buscándote. ¿Qué hacías fuera?

—Me ha parecido escuchar el buzón y he ido a comprobar si teníamos correo.

Aitor se dio cuenta de que Laura llevaba un pequeño fajo de papeles de varios colores y formas en la mano.

«El cartero suele repartir por las mañanas, pero no tan pronto».

—¿Y todo esto estaba en nuestro buzón?

—Sí, pero creo que es todo publicidad —dijo mientras ojeaba los papeles.

Los soltó todos en una pequeña mesa auxiliar de cristal que había en el recibidor, junto a una orquídea, también blanca y llena de flores.

Mientras Aitor se tomaba el café, se acercó, como cada mañana, al ventanal que estaba al lado de la puerta. Le gustaba disfrutar de aquella vista porque el sol se reflejaba en las pequeñas gotas de rocío de la hierba del jardín y producía un efecto casi hipnótico, que le recordaba a las veces que veía el mar brillando a varios kilómetros de altura.

Le dio un buen sorbo a su taza de café. Al bajarla, le pareció ver algo junto al muro de piedra de la casa.

«Habrà sido un pájaro».

Sin darle mayor importancia, se terminó el café y terminó de preparar las cosas para irse a trabajar.

Lo tenía todo listo y se disponía a salir. Miró el reloj que llevaba en la muñeca.

«Las 7:52. No puedo creerlo...».

Desde hacía ya un tiempo, intentaba por todos los medios evitar esa hora. Solo con verla sentía cómo se le removía todo en su interior. Así que se paró en seco y esperó a que el reloj saltara al siguiente minuto.

Se despidió de su mujer con un beso y salió por la puerta, echando una fugaz mirada a la mezcla de catálogos y folletos publicitarios que había sobre la mesa de cristal. Lo que no vio fue aquel sobre.

Era un sobre marrón, de papel grueso, y llevaba su nombre escrito.

«Aitor García Hernanz».

Tenía una solapa en pico cerrada con un sello de cera roja en la que se había marcado un extraño símbolo.



El gimnasio estaba sumido en un silencio sepulcral, solo roto por el casi imperceptible tic tac de un reloj de muñeca y por la respiración tranquila y medida de la mujer. Era rubia y bastante morena de piel. Su pelo liso, igualado al milímetro, la perfecta sonrisa blanca y la camisa sin arrugas dejaban claro a la vista que era una mujer exigente y disciplinada.

Le echó un directo vistazo al reloj. Si algo había odiado siempre era la impuntualidad. La consideraba una gran falta de respeto hacia su persona. Era incapaz de comprender cómo la gente podía dejar los asuntos a la ligera y tener tan poca comprensión con los demás. Ella se sentía incapaz de llegar tarde. De hecho, trataba de llegar siempre varios minutos antes. «Prefiero esperar a que me esperen». Ese era su lema.

Como cada viernes, había dejado su BMW X3 aparcado al milímetro en el vacío aparcamiento de aquel viejo y sucio instituto. El coche blanco parecía recién sacado del concesionario. La pintura estaba perfecta, lisa y brillante, y en el interior se mantenía la tapicería intacta y limpia.

«Podrían haber buscado un sitio mejor...».

Abrió su elegante y cuidado bolso Gucci, metió la mano en él y palpó entre todo lo que tenía dentro. Lo primero que encontró fue el monedero de piel; lo apartó y siguió hurgando. Un paquete

de pañuelos, la funda de las gafas de sol, una carpeta llena de papeles, un pintalabios y, por fin, sintió el tacto frío que estaba buscando. Cogió con decisión aquella llave y la sacó del bolso. De ella colgaba un elegante llavero. Tenía una cinta de nylon azul marino que sujetaba una placa metálica en la que se podía leer: «Aerolínea La Internacional».

Metió la llave en una de las puertas de emergencia que quedaba en uno de los extremos del edificio. Le dio un par de vueltas y un chasquido fuerte y estridente rebotó por los pasillos vacíos. Cuando la puerta se abrió, Sandra sintió cómo su olfato se saturaba. El desagradable olor a adolescente que inundaba el instituto siempre la mareaba un poco al entrar.

«Espero no tener que hacer esto muchas veces más». No obstante, sabía que tendría que aguantar esa desagradable rutina bastante más.

Aun sabiendo que nadie la estaba mirando, trató de disimular la cara de asco y aburrimiento que siempre se le ponía. Se esforzó por relajar la frente y abrir por completo los ojos. Por último, lo que más odiaba. Esbozó una leve sonrisa, tan perfecta como postiza. Era tan elegante que parecía aprendida en una escuela de protocolo.

Desde hacía ya un tiempo, era incapaz de sonreír de forma natural. Parecía algo ilógico, teniendo en cuenta su trabajo, que no entendiera por completo el motivo que se lo impedía.

Ya no estaba enfadada, tampoco estaba triste, pero, por algún motivo, ya no era feliz.

En otra época había disfrutado de su trabajo. Le gustaba el trato con la gente y ayudarlos, aunque ya no tenía esa ilusión de antes. Sin embargo, era lo que sabía hacer y se le daba bien, así que, aunque no disfrutaba tanto, seguía haciéndolo.

Las puertas se cerraron tras ella y las luces automáticas se encendieron e iluminaron el largo pasillo lleno de taquillas rojas a ambos lados.

Se giró hacia la derecha y vio la enorme puerta sobre la que colgaba aquel cartel: «Gimnasio». Avanzó por el pasillo y las taquillas se terminaron.

Echó un rápido vistazo a su izquierda para contemplar la típica vitrina de cristal llena de trofeos. «El orgullo del instituto», pensó. Se notaba que el equipo de baloncesto era la joya de aquel mal cuidado instituto con solo ver lo limpia que estaba la vitrina en comparación con el resto del edificio.

Siguió avanzando hacia la enorme puerta.

Sus pasos retumbaban en el vacío pasillo.

Al llegar, se detuvo y esperó inmóvil a que volviera a reinar el silencio.

Inspiró hondo antes de mover un solo músculo.

«Allá vamos».

Empujó la barra y abrió. La oscuridad que inundaba aquel gimnasio le resultaba abrumadora.

«Se me va a tragar».

Tal vez, le recordaba lo vacía que se sentía.

O, tal vez, le recordaba lo frágil que era su vida.

Unos meses atrás, había estado al borde de la muerte, y estar a tan solo un paso de aquella enorme oscuridad le recordaba lo cerca que había estado de perder la vida.

«Aún me duele...».

Intentaba no pensar muy a menudo en la cicatriz que tenía en el pecho, pero, cuando lo hacía, volvía a sentir todo aquel dolor.

Con el pulso algo acelerado, avanzó y su cuerpo desapareció unos instantes. Se escuchó el clic de un interruptor y el enorme

gimnasio se iluminó con la ayuda de unos viejos fluorescentes que colgaban del techo, a varios metros de su cabeza.

Dirigió su vista hacia el centro del gimnasio. Justo en medio, se iluminaron siete sillas de plástico, colocadas en un perfecto círculo.

«Como siempre, el conserje ha hecho un trabajo minucioso».

No lo había visto nunca, pero la asombraba el cuidado con el que cada viernes se encontraba las sillas colocadas.

Avanzó hasta colocarse en el centro del círculo, en el centro del gimnasio. En el centro de todo. Repasó todas las sillas dando una vuelta sobre sí misma. Eligió, como siempre, la que estaba en línea recta con la puerta, mirando hacia ella.

Tenía la costumbre de sentarse en el mismo sitio cada semana, así podía controlar quién entraba en el gimnasio.

Pese a saber y confiar en que el conserje la habría limpiado, cogió un pañuelo de papel y se lo pasó para comprobarlo. Colgó el bolso en el respaldo y se sentó con las piernas cruzadas de forma elegante.

El gimnasio se había quedado casi en completo silencio. Se puso a escuchar un momento y se dio cuenta de que lo único que se oía era la aguja segunda de su flamante Rolex. Bajó la cabeza y le echó una rápida mirada al reloj.

«Las 19:51 y todavía no hay nadie...».

La aguja segunda estaba cerca del 12, a punto de cambiar de minuto. Decidió esperar hasta que lo hiciera. Si no entraba nadie, cosa que dudaba, aún le daría tiempo a echar un rápido vistazo a los papeles que llevaba en el bolso.

«Cinco».

Cada vez le resultaba más fácil hacer su trabajo. Al principio de las sesiones, había acudido mucha gente en busca de ayuda, apoyo y consuelo frente a la tragedia, pero, con el paso del tiempo,

muchos habían dejado de asistir a las reuniones. Por desgracia, no todos se habían recuperado lo suficiente como para dejar el grupo.

«Cuatro».

Al poco de suceder el accidente aéreo, la compañía había puesto en marcha ese grupo de apoyo a las víctimas. Habían sido muchos los que habían perdido a familiares, a amigos... Pero lo peor no era lo que habían perdido. Para la mayoría, lo peor era plantearse por qué ellos habían sobrevivido y sus seres queridos no.

«Tres».

Sandra tenía claro que ese grupo de apoyo no era más que una forma de limpiar la imagen de la aerolínea. El accidente había sido una increíble negligencia y una falta total de control por parte de los peces gordos de la compañía que, consternados ante el descenso brutal de vuelos, había buscado una solución desesperada.

«Dos».

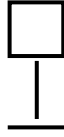
Pero eso eran solo sus reflexiones. Al fin y al cabo, daba igual el motivo por el que la compañía había creado el grupo de apoyo. Daba igual cuántos asistían. Incluso daba igual a quiénes hubieran perdido en el accidente. Ella tenía un objetivo concreto. Una misión. Y no permitiría que nada ni nadie le impidiera cumplirla.

«Uno».

La manecilla segundera llegó al doce y el reloj marcó las 19:52.

«Irónico», pensó.

En ese instante, se giró sobre sí misma y abrió el bolso. Sacó de su interior una carpeta roja, cerrada con gomas. En la parte frontal tenía una pegatina circular, con un fondo blanco sobre el que se podía ver con claridad un símbolo un tanto extraño:



Al principio, le había costado entender el porqué de ese símbolo. Pero, en cuanto sus compañeros se lo explicaron, pudo verlo en seguida. Tenía todo el sentido del mundo, teniendo en cuenta cuál era la misión. Desde que había podido entender el mensaje oculto que tenía, había sido incapaz de ver otra cosa cada vez que lo miraba.

Abrió la carpeta tirando de las gomas con cuidado. No había muchas hojas en su interior: si alguien la descubría, era importante que supiera cuanto menos mejor.

Todas estaban llenas de anotaciones hechas a mano por ella misma. La información que le habían dado sus superiores era ínfima comparada con la que había podido ir recopilando.

Con la vista centrada en las hojas, se perdió entre sus pensamientos, entre las anotaciones y algunas fotografías que colgaban sujetas por clips.

El ruido de la puerta de emergencia al cerrarse la devolvió al gimnasio. Se había concentrado tanto que no tenía ni idea de cuánto había pasado. Sabía que tenía tiempo suficiente como para guardarlo todo antes de que quien fuera llegara al gimnasio. Así que colocó bien los papeles y cerró con cuidado la carpeta, asegurándose de que ninguno de ellos se arrugara y de que todo quedara bien ordenado.

La metió de nuevo en el bolso y se forzó a adoptar una postura relajada y tranquila.

Escuchaba cómo los pasos se acercaban cada vez más. Trató de averiguar cuántas personas escuchaba andar, pero el eco rebotando por el pasillo se lo hizo imposible.

De todas formas, estaba casi segura de que eran dos.

Cruzó la pierna derecha por encima de la izquierda y colocó sus manos en el regazo. Se forzó por volver a sonreír.

Echó un rápido vistazo al reloj.

«19:58».

Había perdido por completo la noción del tiempo mientras ojeaba el papeleo.

Los pasos se detuvieron. Sandra respiró profundamente y escuchó con atención.

La voz de un hombre retronó por el pasillo y se coló por el gimnasio:

—Las damas primero. Adelante, por favor.

La puerta se abrió unos centímetros y Sandra pudo sentir cómo la inundaba la satisfacción de haber acertado. No solo había adivinado que quien había llegado no llegaba solo, sino que sabía a la perfección quiénes eran las dos personas que estaban al otro lado de la puerta incluso antes de verles la cara.

«Vuelven a llegar juntos».

Las dos personas entraron en el gimnasio.

Sandra se forzó otra vez más a sonreír antes de hablar.

—Buenas noches. Bienvenidos de nuevo.



Había sido un día movido en el trabajo. Era ya 15 de diciembre. Parecía mentira que estuviera a punto de terminar otro año más. Pese a que la mayoría de la gente no viajaba hasta fechas más cercanas a Navidad o a Fin de Año, los días anteriores ya se notaba una mayor afluencia en el aeropuerto, por lo que Aitor apenas tenía un minuto de descanso en la oficina de información.

Aparcó el coche frente a su casa. El frío en esa zona se intensificaba más que en la ciudad. Se notaba que no había tantos edificios, ni asfalto ni tanta gente, lo que contribuía a que la temperatura bajara mucho más.

Estaba siendo un invierno especialmente gélido. Por suerte, no había nevado, por lo menos, de momento. Eso siempre complicaba mucho las cosas en el aeropuerto y tenía la confianza de que ese año no pasara.

Bajó del coche y se dio prisa en ponerse su largo abrigo gris. Sin duda, odiaba el invierno. Era incapaz de entender cómo había personas que preferían el frío al calor.

El cuerpo se le destempló. Pese a que llevaba puesto el abrigo, empezó a temblar. Era ese momento tan incómodo en el que, al salir del coche, con la calefacción, su cuerpo sentía el choque térmico y el abrigo poco hacía para que eso no ocurriera.

Abrió la puerta metálica del muro y cruzó el camino de piedras negras que llegaba hasta la casa con paso ligero.

Al entrar y ver la completa oscuridad, cayó en la cuenta de que era viernes. El resto de días, al llegar, Laura estaba preparando la cena. Su trabajo como agente inmobiliaria tenía un mejor horario que el de Aitor y solía llegar mucho más temprano que él.

Pero, como cada viernes, Laura había salido y no volvería hasta las diez y media de la noche.

Aunque le gustaba llegar, encontrarse a su mujer y hablar de cómo les había ido el día tomando una copa de vino, agradecía también tener las noches de los viernes para él. Le gustaba sentarse en su despacho y aprovechar la soledad para leer, ponerse al día de las noticias o, a veces, dedicarse a construir sus preciadas maquetas de aviones.

Tiró las llaves que llevaba en la mano en la pequeña mesa que había al lado de la puerta. Cayeron sobre la publicidad que Laura había dejado encima esa misma mañana. Tal vez le echara un vistazo cuando entrara en calor.

Se quitó el abrigo y lo colgó en el elegante colgador metálico que había al otro lado de la puerta.

Casi sin pensarlo, llevó a cabo su rutina para quitarse el estrés y el frío de encima. Se fue a su dormitorio y se dio una buena y larga ducha. Después de eso, se sentía una persona nueva. El frío desaparecía por completo al meterse bajo el agua caliente y, cuando cerraba los ojos y dejaba correr el agua por su cabeza, era capaz de limpiar su mente. No olvidaba lo que había pasado durante el día, pero, de alguna forma, lograba que, al recordarlo y pensar en ello, no le generara estrés. Era como si fueran recuerdos tan lejanos que ya no le provocaran ningún tipo de sensación.

Después de la ducha, se había servido una copa de vino tinto mientras en la casa resonaba *Mariage d'amour*, de Richard Clayderman, que había puesto en su preciado tocadiscos.

Empezó a sentir cómo el cansancio del día pesaba sobre él.

Se sentó en el sofá con la copa de vino en la mano. Dedicó unos instantes a contemplar cómo la noche inundaba el jardín y la calle. Pudo ver a lo lejos algunos árboles sacudidos por el gélido viento que soplabá de vez en cuando.

Se llevó la copa a los labios y le dio un rápido trago al vino. Trató de saborearlo todo lo que pudo. El primer trago siempre le había parecido el mejor.

Desde el sofá, podía ver la puerta metálica de entrada del jardín, y recordó lo extraño que le había parecido que Laura hubiera salido por la mañana a buscar el correo y, sobre todo, teniendo en cuenta la temperatura a esa hora.

Eso le despertó la curiosidad. Decidió levantarse y revisar la publicidad que Laura había encontrado en el buzón. Aunque después la tiraríá a la basura, le apetecía echarle un vistazo mientras se relajaba.

Recogió los folletos y las pequeñas revistas que había tirados en la mesita. Al levantarlos, cayó un sobre que había pasado desapercibido entre tanto papel colorido.

Aitor volvió a dejar la propaganda en la mesita y se agachó a recogerlo. Era marrón y estaba hecho de un papel grueso y rugoso que le daba apariencia de envejecido y antiguo.

Lo primero que le llamó la atención fue ver que, en la parte frontal, solo estaban su nombre y sus apellidos.

«Ni la dirección ni sello... Solo mi nombre».

Cayó en la cuenta de que eso significaba que se lo habían dejado en el buzón. Fuera quien fuese el que lo había hecho, sabía quién era y dónde vivía.

Su curiosidad por saber qué había dentro aumentaba por momentos, mezclada con un pequeño miedo que empezaba a despuntar en su interior.

Levantó el sobre y lo giró. Se sorprendió al ver el sello de cera roja que había pegado en la solapa.

«¿Quién usa sellos de cera aún?».

De hecho, era hasta extraño que alguien mandara una carta. En plena era digital, en la que el correo electrónico y los mensajes se habían hecho con el pleno dominio de las comunicaciones, las cartas físicas habían quedado obsoletas. Recibir una carta era ya de por sí un motivo de sorpresa, y más si llegaba sin dirección y con un sello de cera.

Su miedo ganó a la curiosidad cuando vio el símbolo que se había estampado en el lacre. No lo había visto antes, pero un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando se fijó en él. No sabía si significaría algo o si solo era decorativo, pero en su interior estaba convencido de que no era nada bueno.

Con la cabeza funcionando a mil por hora, se apresuró a ir hasta su despacho.

Se sentó en la enorme silla negra que había tras el escritorio. Aitor trataba siempre de mantenerlo despejado y con pocas cosas encima.

Era un escritorio de madera, con un tono rústico y elegante. Sobre él, solo había una bola del mundo con un aire antiguo, un par de montones de papeleo colocados a la perfección en el extremo izquierdo, un flexo negro y un portalápices redondo de cuero, con un par de bolígrafos y un abrecartas.

Cogió el abrecartas y, con cuidado, despegó el sello del sobre.

La solapa se levantó un poco.

Volvió a dejar el abrecartas en el portalápices y abrió el sobre.

Sacó de su interior un recorte de periódico doblado con cuidado. Lo desdobló y el corazón le dio un vuelco al ver la fecha.

«No puede ser».

En la parte de arriba de la página, se podía ver la fecha: «06 de febrero de 2020».

No podía creerlo. Había confiado en no volver a ver ese periódico nunca más. Notó cómo regresaba esa sensación de ahogo que había logrado evitar durante tanto tiempo.

Centró la vista en la gran fotografía que había en el centro de la página. Se veía un avión estrellado en medio de una montaña. Tenía el lateral izquierdo roto y faltaban gran parte de las butacas.

Tanto las montañas como el interior del avión estaban llenos de maletas abiertas y ropa esparcida.

Encima de la foto se leía en grandes letras mayúsculas: «GRAVE ACCIDENTE DE AVIÓN TERMINA CON LA VIDA DE CINCUENTA Y DOS PASAJEROS».

Con una mirada de puro terror, Aitor trató de leer la parte del artículo que se podía ver en la portada. Pero el terror solo le permitió entender algunas frases sueltas.

«Ayer, 05/02/2020 se estrelló el vuelo C-376 con doscientas tres personas a bordo entre pasajeros y tripulación».

«El avión se estrelló contra la montaña y perdió gran parte del lateral izquierdo».

«Fallecieron un total de cincuenta y dos personas».

Empezaron a nublársele los pensamientos y pasó de ser capaz de leer algunas frases a solo poder centrar su vista en palabras sueltas.

«Negligencia».

«Piloto».

«Medicado».

«Investigación».

«Policía».

Las imágenes y los sonidos volvieron a inundarle la cabeza.

Escuchaba otra vez los gritos desesperados de la gente a través de la puerta de la cabina.

Podía volver a ver cómo se acercaban a la montaña y no era capaz de hacer nada por evitarlo.

Escuchaba todas las alarmas que sonaban a su alrededor.

Sentía el tacto del volante y las palancas, y cómo temblaban con el resto del avión.

El sudor que le recorría la frente.

Se hundía en aquel pozo de recuerdos, emociones y dolor. Sobre todo, dolor.

Envuelto en aquel remolino mental, soltó sin darse cuenta el periódico y la hoja de papel que tenía en la mano. Eso lo devolvió al presente, a su despacho.

Le temblaban las manos y le costaba respirar.

Con mucha dificultad, recogió del escritorio el folio marrón y envejecido que había sacado del sobre. No era muy grande y estaba doblado por la mitad. Al leerlo, se quedó de piedra.

Por un tiempo, no sabía cuánto, todo el universo se paralizó. Era incapaz de moverse. Hasta era incapaz de respirar.

El tiempo tampoco parecía avanzar.

Tenía la vista fija en esa palabra. Los pensamientos viajaban a toda velocidad por su cabeza, lo hacían tan rápido, y eran tantos, que era incapaz de saber qué pensaba.

La palabra resonaba en su mente.

«Morirás».

El tiempo se había detenido.

¿Cuánto había pasado?

¿Unos segundos?

¿Minutos?

¿Horas?

«Morirás».

Era lo único que podía escuchar entre sus pensamientos.

Se ahogaba. Llevaba demasiado sin respirar.

Su cabeza le gritó que debía coger aire.

Y lo hizo.

Llenó los pulmones con una gran bocanada y pareció salir un instante de aquel mortal trance en el que se había sumido.

Arrugó la hoja de papel en su mano y se levantó corriendo.

Cogió las llaves del coche, que aún estaban en la mesilla en la que había estado la fatídica carta. Abrió la puerta y corrió por el camino de piedras negras.

Cruzó el muro y se subió al coche.

No le importaba el frío. De hecho, ni lo sentía.

Arrancó y se fue. No pensaba. No sabía adónde iba. No sabía qué hacía. Sus pensamientos estaban descontrolados. Se sentía a la vez fuera y dentro de su cuerpo.

«Morirás».

No dejaba de escuchar esa palabra en su cabeza, una y otra vez.

El coche circulaba por las calles de la urbanización más rápido de lo permitido. Llegó a la salida y circuló por aquella carretera recta que parecía no tener fin.

El pie se hundía en el acelerador a la vez que lo hacía él en sus pensamientos.

Un coche que venía de frente le pitó al ver la velocidad que llevaba. Solo escuchó el claxon medio segundo. El eco de aquella palabra lo eclipsó casi al instante.

«Morirás».

¿A qué velocidad iba? Era incapaz de ver nada con claridad.

En el primer desvío que se encontró giró de forma brusca a la derecha.

Llegó a una zona entre comercial e industrial en la que había varios locales comerciales, oficinas y una farmacia que abría las veinticuatro horas.

Volvió a girar bruscamente a la derecha y se metió en el aparcamiento. Frenó en seco, parándose en medio. No podía ver las líneas. No podía maniobrar para aparcar bien.

Sentía el corazón latirle por todo el cuerpo.

¿Cómo había llegado hasta allí?

Sudaba. Tenía la cara perlada por las gotas de sudor y sentía la espalda mojada.

Bajó del coche sin darse cuenta de que aún tenía la carta en la mano. Había conducido con ella, como si se le hubiera pegado a los dedos.

Seguía perdido. Estaba tan perdido que ni siquiera se había dado cuenta del coche que lo había seguido y que había aparcado en el otro extremo del aparcamiento. No se había bajado nadie. Seguía con el motor encendido y las luces apagadas.

Cruzó corriendo el vacío aparcamiento y el frío de diciembre le inundó por completo el cuerpo. Pero él no podía sentirlo.

La cabeza le pidió que volviera a respirar. ¿Cuánto había pasado desde que lo había hecho por última vez?

Intentó inspirar de nuevo. Lo hizo, pero parecía que el aire que entraba en sus pulmones no era suficiente.

Al acercarse a la farmacia, el sensor de movimiento lo detectó y las puertas se abrieron. Aitor no se dio ni cuenta de ello. Se habría dado contra el cristal si no se hubieran abierto. Él solo corría. Solo avanzaba.

Cruzó un largo pasillo de estanterías repletas de medicamentos y llegó al mostrador.

Una chica joven, de no más de veinticinco años y con una bata blanca, trató de ocultar la cara de terror que tenía por ver entrar a ese hombre tan extraño y alterado.

¿Qué hacía en manga corta en pleno diciembre? Llevaba la camiseta empapada en sudor. ¿Estaba drogado? Temblaba de

forma exagerada y tenía la mirada perdida en algún lugar muy lejano.

Aitor sentía cómo le ardían los pulmones. Era incapaz de respirar. Si no podía respirar, ¿cómo iba a hablar?

Trató de llenar sus pulmones todo lo que pudo e intentó articular una sola palabra.

«Morirás».

Era lo único que podía ver. Era como si la palabra flotara en el ambiente.

—Ben...

—Señor, ¿se encuentra bien?

—Ben... Benz...

—No le entiendo. Trate de tranquilizarse.

—Benz... Benzodia...

—¿Quiere decir «benzodiazepina»? ¿Es eso lo que me está pidiendo?

Aitor no pudo más que asentir nerviosamente. Y emitir una especie de seseo a modo de afirmación.

—No... No se la puedo dar sin receta.

Los nervios lo inundaban. Se pasó las manos por la cara. Sudaba tanto que hasta la carta que seguía llevando en la mano quedó algo mojada.

—¡Benzodiazepina! —Se sorprendió a sí mismo al escucharse gritar.

—Señor, ya le he dicho que no se la puedo dar sin receta. — Entonces la chica vio el papel que llevaba arrugado en la mano. Y lo señaló tímidamente con la mirada—. ¿Es ese papel la receta?

Aitor solo movió la cabeza de un lado a otro, negando con nerviosismo.

—No... No, no, ¡NO!

¿Cómo podía gritar de aquella forma si ni siquiera tenía suficiente aire como para respirar?

Seguía sudando de forma desmedida. A cada latido, su cuerpo expulsaba litros de sudor.

¿A qué temperatura estaban? Se estaba abrasando.

Su cabeza seguía nublada.

Dio media vuelta y cruzó la farmacia corriendo.

¿Adónde iba? ¿Qué estaba haciendo?

Al salir a la calle, volvió a inspirar y notó cómo el gélido aire llenaba sus pulmones y enfriaba su cuerpo. Sintió algo parecido al alivio. Fue solo una sensación fugaz.

Miró su coche y el ahogo y nerviosismo llegaron a un nivel que no podía sospechar.

Un par de siluetas pintaban a toda velocidad sobre el parabrisas del coche con un espray de pintura rojo.

No podía reaccionar. No podía gritarles. No podía correr hacia ellos. No podía hacer nada.

Tenía los pies clavados en el suelo y el cuerpo inmovilizado.

En cuanto las dos siluetas lo vieron, terminaron de hacer una última línea y salieron corriendo.

La luz de las farolas del aparcamiento iluminaba lo suficiente el coche como para que Aitor pudiera ver bien lo que le habían dibujado.

Centró tanto su vista en esa pintura que ni siquiera se dio cuenta de que las figuras se subían a un coche en marcha y salían a toda velocidad. Se perdieron a lo lejos en pocos segundos.

Aquel dichoso símbolo otra vez.

Un cuadrado arriba. Una línea vertical y otra horizontal a modo de pie.

Vio la pintura en el parabrisas del coche.

Vio el símbolo en el sello.

Vio la fotografía del accidente.
Vio otra vez aquella palabra: «Morirás».
Vio centenares de estrellas nublándole la vista.
Cayó en el frío y húmedo suelo.
Y, de repente, no vio nada.